



X Incontro Mondiale delle Famiglie

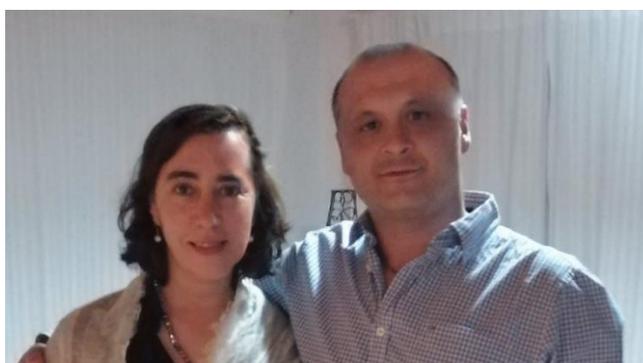
Roma 22 - 26 giugno 2022



Vocation et mission dans les périphéries existentielles

«En las adicciones»

**María Paula Casanova y Valerio Santoro -Argentina-
Panel 6.2**





VOCATION ET MISSION DANS LES PÉRIPHÉRIES EXISTENTIELLES «EN LAS ADICCIONES»

Isabelle Vanceulebroeck et François Delooz

Comunità Papa Giovanni XXIII

Ciudad del Vaticano, junio 2022

Somos María Paula Casanova, argentina, y Valerio Santoro, italiano. Estamos casados hace cinco años y tenemos dos hijos, Luz y Alexis.

Pertenece a la Comunità Papa Giovanni XXIII, vivimos en Argentina, en una comunidad terapéutica donde desde hace tres años compartimos la vida con hombres con problemas de adicción.

Nos gustaría contar nuestra experiencia, y los frutos de nuestra experiencia, partiendo del encuentro de Jesús con la samaritana en el pozo de Jacob (Jn 4, 5-42).

Nos conocimos gracias a la Comunità Papa Giovanni XXIII, en el ámbito de la comunidad terapéutica. Valerio había ido a la Argentina como misionero de la Comunidad y yo, oriunda de otra ciudad, fui a Puerto Madryn a dar un servicio puntual.

En el Génesis leemos que no es bueno que el hombre -varón y mujer- esté solo (Gn 2,18). Se refiere a esa soledad primordial que como una sed profunda cala en el alma y que sólo puede ser saciada con una “ayuda adecuada” (Gn 2,18). Esta soledad, esta sed profunda de relaciones verdaderas la encontramos habitualmente en tantos que tratan de saciarla tomando el agua engañosa, que no sólo no sacia la sed, sino que la hace más profunda, generando más soledad, más desamor.

Con el sacramento del matrimonio el Señor nos dio de esta agua que no solo sació nuestra sed, sino que se convirtió en nosotros, no por nuestra fuerza, sino por su misericordia, “en fuente de agua que brota para la vida eterna” (Jn 4,14). Y es de esta agua, que brota del sacramento del matrimonio, base de nuestra familia, que queremos dar de beber a los sedientos que Jesús nos hace encontrar, no solo por ellos, sino también por nosotros, ya que como dice el Papa Francisco en *Amoris laetitia*, “la familia debe salir de sí en una búsqueda solidaria. Los matrimonios necesitan adquirir una clara y convencida conciencia sobre sus deberes sociales. Cuando esto sucede, el afecto que los une se llena de nueva Luz” (AL 181).



Nuestra comunidad terapéutica no es una gran estructura, sino que consiste, antes que nada, en recibir a quienes necesitan ayuda en nuestra familia. El método que seguimos para la recuperación de las adicciones es el compartir la vida directamente con ellos. Nuestra propuesta es el compartir, no brindamos una prestación: no trabajamos para sanarlos sino porque los amamos, y porque los amamos, los sanamos. En nuestra comunidad terapéutica se viva la familia, el trabajo, la cotidianidad... La familia con sus momentos lindos y aquellos no tan lindos pero que superan juntos las dificultades.

La terapia es muy simple: la terapia de la verdad, de la responsabilidad, del compromiso consigo mismo y con los demás, del sacrificio, de la fraternidad, del sentido de pertenencia, de la alegría, la terapia del encuentro con el Absoluto, que no se impone, pero se respira. (Benzi, 2017). El compartir directo libera al adicto del ensimismamiento que lo ha llevado a aquello que lo mantiene prisionero porque se da cuenta que también él tiene algo que dar y nos ayuda a nosotros que también tenemos que cambiar y crecer. Nos da ejemplo Jesús quien junto al pozo de Jacob espera de la samaritana que le dé de beber (Jn 4,6).

La samaritana se entusiasma al escuchar de Jesús que él tiene para darnos un agua que sacia para siempre la sed y escucha con atención cuando Jesús le muestra que conoce su pasado y su presente (Jn 4, 17-18). Jesús conoce nuestras erradas búsquedas de sentido y se hace presente para ofrecernos su misericordia y una vida plena.

Cuando los discípulos encuentran a Jesús hablando con la samaritana, se preguntaban entre sí por qué lo haría (Jn 4,27). Si estamos con Jesús sentados junto al pozo al cual van nuestros jóvenes a beber el agua que no sacia para ofrecerles otra agua, muchos se harán y nos harán la misma pregunta: ¿por qué lo hacen? El no involucrarse con las periferias existenciales muchas veces es un mecanismo de defensa. A veces las familias se niegan a aceptar la realidad, ya sea por vergüenza, para no ser juzgados, para no sentirse frustrados como padres, ya sea porque la realidad de las adicciones sobrepasa sus fuerzas o las capacidades personales o familiares para hacerles frente. Por eso, es necesario que nuestros pastores y agentes de pastoral sepan orientar y sostener a las familias que viven esta problemática, porque cuando un miembro de la familia es adicto, toda la familia sufre las consecuencias y, en muchísimos casos, son pesos demasiado pesados para poder cargar en la intimidad familiar.

El rol de las familias en la cuestión de las adicciones es fundamental, tanto para la recuperación cuanto, lamentablemente en el origen del problema. Son tan importantes los vínculos familiares que cuando la familia no ha logrado ser lo que está llamada a ser, aunque muchas veces sea sin la responsabilidad de sus miembros (y por eso no sirve el sentir culpa), cuando el joven no es



capaz de enfrentar lo que le pasa recurre a estas sustancias que le permiten, al inicio, liberarse de su peso. Muchas veces las familias generaron el problema, ya sea por su ausencia, por desidia o por imposibilidad humana; porque no son capaces de vivir en plenitud la paternidad/maternidad, porque la situación económica los apremia a trabajar todo el día dejando a los niños a cuidado de quien pueda, por tantas otras situaciones que exceden la voluntad de quienes son protagonistas... ya sea por “exceso de presencia”, cuando los padres impiden el crecimiento de los hijos, su desarrollo personal con un amor que retiene, no deja crecer y ahoga.

Por eso, en el camino de la recuperación de las adicciones, también la familia tiene que hacer un camino de cambio para identificar dónde hubo equivocaciones, para mejorar, para renacer como personas nuevas junto al ser querido.

La persona adicta, a cualquier cosa sea, al alcohol, a las drogas, al juego de azar, al sexo, se encuentra en una condición de esclavitud, ya no es libre de elegir, se siente obligado, no puede ver más allá. Y es de esta situación de esclavitud de donde surge el pedido de ayuda, “dame de esa agua” (Jn 5,15), lo que no significa que tenga la fuerza de voluntad para iniciar un camino de liberación, pero es un inicio. Es aquí cuando pueden jugar un papel preponderante aquellos que lo rodean para ayudarlo a pasar de la angustia a la decisión de iniciar un camino de reconstrucción. La familia puede, en estos momentos, asumir un papel muy importante, aunque doloroso: mostrarle que el camino a la recuperación es la única ayuda que le quieren brindar y que no tiene otra posibilidad en familia. Porque el amor implica el poner límites y orden donde falta, no con la fuerza, sino con la firmeza necesaria y el ejemplo.

En momentos así puede presentarse la duda, “¿de dónde tienes esa agua viva?, ¿eres más que nuestro padre Jacob?” (Jn 4, 11-12) decía la samaritana a Jesús. El miedo puede transformarse en pánico y desconfianza, pero es necesario dar el paso y confiar porque, aunque riesgosa, muchas veces es la única posibilidad de recuperación para aquel o aquella a quien amamos.

Esta decisión es tan dolorosa que muchos padres no son capaces de hacerlo, aunque es una decisión que nace del amor que prefiere asumir el riesgo de que el hijo rechace la ayuda y no verlo más, o peor aún, verlo drogado en la calle morir poco a poco, con la esperanza de poder recuperarlo para la vida.

Es importante tener en cuenta que en la persona adicta es más fuerte la necesidad de liberarse que la fuerza de la esclavitud que lo retiene, por eso no hay que darse por vencido y buscar la ayuda necesaria para poder ofrecerle en el momento en que esté listo para recibirla. Porque el bien es más



fuerte que el mal y el hombre en su corazón siempre tiende y busca el bien. Aunque lo busque en pozos equivocados, siempre busca el bien. Por eso, vale la pena, como Jesús o, mejor dicho, con Jesús, estar junto al pozo, esperando que la persona querida acepte nuestra ayuda.

El grito de la persona adicta no tiene sólo connotaciones sanitarias o psico sociales, sino que es de naturaleza más profunda. Es el sofocamiento de la interioridad del hombre que determina la caída en el engaño de las drogas, o en aquello que lo mantiene esclavo mientras le promete la libertad (Lazzari 2019): “Consideramos que el problema de la droga es un problema de significados de vida. Los jóvenes llegan a la toxico dependencia para colmar un vacío de significado. El hombre tiene necesidad de un motivo para vivir, un motivo que sea más grande de la misma vida” (Benzi, 2017).

Por eso la ayuda profesional, aunque en muchos casos de utilidad e incluso necesaria, no es suficiente para liberar a quienes están presos de las adicciones, ya que el principal problema es la búsqueda del sentido de la vida. Es la ayuda gratuita del otro que puede orientar su búsqueda para que pueda ser colmado. Los habitantes de Samaría llegan a conocer a Jesús, al Mesías esperado, porque creen en las palabras de la samaritana (Jn 4,42).

No es la samaritana quien les cambia la vida a los habitantes de Samaría, sino que es Jesús quien lo hace, aunque se sirve de ella para darse a conocer. No somos nosotros quienes cambiamos a quienes nos piden ayuda, sino que es Jesús quien por medio nuestro los libera de la esclavitud, devolviéndoles la dignidad de hijos.

Salir de las dependencias es un verdadero proceso de conversión que implica, al menos implícitamente, la relación con Dios. No es suficiente abandonarse confiadamente a una institución humana, como puede ser una comunidad terapéutica, sino que se trata del abandono interior hacia la verdad de uno mismo y, por lo tanto, de encontrar el sentido profundo de la existencia que en el hombre es reconocerse como hijo de Dios.

Caminar al lado de quienes transitan el camino de liberación de las adicciones exige un triple trabajo de crecimiento y purificación personal: en relación a Dios, ya que debemos confiar plenamente en Él que es el único que puede liberar al hombre de su sin sentido, de su soledad originaria; en relación a los hombres que muchas veces estarán cerrados y tendremos que seguir creyendo en su pertenencia fundamental a Dios y en su inviolable dignidad; en relación a nosotros mismos que tenemos que tener confianza en nosotros pero una confianza que se apoya en la fidelidad de Dios.



Sólo si somos libres podremos acompañar a otros en el camino de la libertad, libertad que nunca es definitiva, sino que exige un continuo trabajo que implica el confrontarse a sí mismo continuamente con la propia verdad porque todos los hombres compartimos la misma condición de fondo, el camino de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios. Por eso, el camino a recorrer junto a quien tiene problemas de adicción, es decir, junto a quien no pudo o no supo enfrentar su realidad y sólo quiso evadirla recurriendo al uso de sustancias o a comportamientos dañinos, es reconocer la propia verdad poniendo a disposición del otro la propia experiencia de vida y caminando juntos lo que queda por recorrer.

El fracaso de las recaídas nos hace sentir como los apóstoles que viven la cruz de Cristo como un fracaso. “Nosotros esperábamos...” decían los que se marchaban a Emaús (Lc 24,21), otros volvieron a la cotidianidad de antes de conocer a Jesús, a pescar... (Jn 21,3) pero el aparente fracaso de Jesús en la Cruz se transforma en victoria con la Resurrección.

Cuando perdemos la pelea contra las adicciones y la muerte nos arrebató la vida de quienes queremos y a quienes acompañamos en el intento de salvarse, la tentación del desánimo es muy grande. Sólo la confianza en Aquel que sabe hacer nuevas todas las cosas (Ap 21,5) y la esperanza de que con ese abrazo definitivo se quiebren para siempre las cadenas que no logramos romper nos da la fuerza para seguir comprometidos en la lucha contra el flagelo de las adicciones, compartiendo de esa agua viva que nos permite vivir la vida verdadera.

“Tengo sed” dice Jesús en la Cruz. La Madre Teresa entendió que en los pobres es en quienes Jesús quiere ser saciado. También nosotros queremos calmar la sed de Jesús en los hermanos que tienen sed de vida, con esa misma agua que brota del sacramento del matrimonio para la vida eterna. Pero no queremos pararnos ahí. Queremos que cada uno que tome de esta agua pueda también hacer experiencia de Jesús de manera tal que también ellos puedan decir, como los samaritanos “ya no creemos por tus palabras, sino que también nosotros hemos visto y creído” (Jn 4,42).

Referencias bibliográficas.

Benzi. Oreste, Con questa tonaca lisa. Intervista di Valerio Lessi, San Paolo Ed., Milano, 2017. Biblia de Jerusalén, Desclée, Bilbao, 1999.

Lazzari, Primo, III Incontro Latinoamericano delle Comunità Terapeutiche, Coronel Fabriciano – Brasil, 2019. (Sin publicar).

Comparar con el texto hablado